

que le sostengan también en sus momentos difíciles, preciso es buscarlos allí donde prospera la verdadera vida de oración.

**9. La oración y las súplicas de la vida terrenal.**— Pero si la oración eleva el espíritu hacia Dios, es también un medio para atraer el auxilio de Dios sobre él. Si un hombre se separa de Dios con las manos vacías, á sí mismo debe atribuírselo. La oración practicada con confianza <sup>(1)</sup> y perseverancia, <sup>(2)</sup> alcanza todo lo que hay de mejor para nosotros. Tenemos en prueba de ello la promesa del mismo Dios. Así como la palabra de Dios, una vez pronunciada por Él, no vuelve á Él sin haber producido su efecto, sino que realiza lo que Él ha resuelto, <sup>(3)</sup> así también una oración que el hombre dirija á Dios, por mediación de su Verbo viviente <sup>(4)</sup> y por su Espíritu, <sup>(5)</sup> no puede hacer otra cosa que atravesar las nubes y ser escuchada junto al trono de Dios. <sup>(6)</sup> Llenos de esta certeza, ninguna situación penosa, ninguna angustia del corazón debe quebrantarnos. Puesto que el Señor dice que todo se puede obtener por la oración, no hay en esto excepción alguna. Sería una falta de confianza dudar de poder remediar por la oración las necesidades de la vida externa y de la vida pública, por cuanto nuestro deber de cristianos nos ordena pedir nuestro pan cotidiano. No tenemos la garantía de recibir cosas inútiles; sabemos igualmente que la oración, en las cosas temporales, no nos dispensa el trabajo propio, como tampoco en las referentes á la salvación; pero tenemos la seguridad de que la oración sirve para todo, así en las cosas terrenas como en las eternas. <sup>(7)</sup>

(1) Jac., I, 6.

(2) Matth., VII, 7; XXI, 22; Marc. XI, 24; Luc. XI, 9; Joan., XIV, 13, 14; XVI, 23; I Joan., III, 22; V, 14.

(3) Is., LV, 11.

(4) Hebr., VII, 25.

(5) Rom., VII, 26. Gal., IV, 6.

(6) Eccli., XXXV, 21.

(7) I Tim., IV, 8.

Si la humanidad creyese siempre en estas promesas, la miseria sería menos grande de lo que es, y las bendiciones de Dios más abundantes; pero como no es esto lo que ocurre, el hombre se siente naturalmente abandonado, porque cuenta únicamente consigo mismo. Sin embargo, podría convertirse en todopoderoso entre las manos de Aquél que todo lo puede y aun mandar á Dios por la oración. Demasiado débil para bastarse á sí mismo, es, no obstante, demasiado fuerte para que Dios le haga la afrenta de venir en su auxilio sin que se lo pida, como se trata á un loco, de quien ya no puede esperarse una cooperación razonable. Podemos reconocer nuestro mal y nuestra debilidad; podemos declarar nuestra enfermedad al médico, y testimoniarnos nuestra confianza; podemos, por lo menos, aceptar los medios de auxilio que se nos ofrecen. Sin duda, esto no es mucho, pero, cuanto más pequeño es, más nos obliga.

Hay tres cosas que siempre podemos hacer. La primera, que es al propio tiempo el primer paso que nos conduce á la salvación, consiste en darnos cuenta de lo que nos falta; la segunda, en saber cómo y dónde podemos encontrar auxilio; <sup>(1)</sup> la tercera, en seguir las prescripciones del médico.

Ahora bien, cada uno cumple con esta exigencia cuando ora. En realidad, no es este un gran trabajo, pero lo es para nuestra debilidad, un trabajo que, como todo trabajo, exige esfuerzos personales, un trabajo que nos pide humildad y sumisión, un trabajo que, por otra parte, es suficiente para ofrecernos un abrigo en las angustias de la vida y para procurarnos la seguridad aquí bajo y en la eternidad.

**10. La oración como actividad social.**—Por consiguiente, en realidad, nada hay que no pueda obtener la oración, y de aquí la confianza que en ella tienen los que la practican asiduamente. Mientras que el espíritu escéptico del mundo cierra la boca al necesitado, y oprime el co-

(1) Augustin., *Serm.*, 80, 1.

razón del suplicante, de tal suerte, que la mano liberal de Dios no encuentra sitio para derramar sus dones, los corazones cristianos más sencillos se elevan á una confianza tal en la oración, y piden á veces tantas cosas, que hasta parece una falta de modestia por su parte. Pero cuanto más piden, más obtienen. De aquí que no se contenten únicamente con orar para ellos, sino que abarquen el mundo entero en su oración. Precisamente bajo este aspecto, muestra el espíritu de la fe toda su grandeza y toda su extensión. El cristiano, que reconoce que Dios lo ha preparado todo para su servicio, <sup>(1)</sup> se consideraría como un ingrato para con su Padre, si no hiciese todo lo que de él depende para encaminarlo todo á su culto; y se consideraría como cruel para con su prójimo, si no obrase de modo que lo que él mismo ha recibido, aproveche á los demás. Mientras que el pagano, cuando ora, da constantes vueltas en torno de su persona, orar para sí, es con frecuencia la última cosa que se propone el cristiano en su pensamiento y en su vida entera.

En la oración, trabajamos desde luego por la causa de Dios en el mundo y en nuestro propio corazón. Sólo en la cuarta petición del Padre nuestro llamamos nuestra atención sobre nuestros propios asuntos, pero siempre de tal modo, que, al orar por nosotros, oramos por los demás. Sólo un miembro enfermo piensa únicamente en sí y absorbe toda la savia del cuerpo. Pero un miembro sano de la Iglesia, vive en la totalidad y para ella, <sup>(2)</sup> y trabaja aun para aquellos que no lo hacen para sí.

El signo característico de la vida espiritual es, por consiguiente, el sentimiento de la comunidad. Un cristiano que no se preocupara de la salvación de su prójimo, demostraría que carece de espíritu y de vida. <sup>(3)</sup> Pero allí donde florece una vida sobrenatural, allí también prospe-

(1) Rom., VIII, 28. I Cor., III, 22.

(2) I Cor., XII, 15 y sig.

(3) Chrysost., *In Act. apost.*, hom. 20, 4. August., *serm.*, 78, 6; *quest. evangel.*, 2, 46. *Corrept. et gratia*, 15, 47.

ra la vida de intercesión, y tanto más cuanto que con mayor perfección se haya desarrollado la vida de oración. En virtud de prescripciones apostólicas, <sup>(1)</sup> la Iglesia, desde su origen hasta nuestros días, ora, no sólo por ella y por sus servidores, sino también por los príncipes y por los que están constituidos en dignidad, á fin de obtener el orden y la tranquilidad en los Estados, la prosperidad en los municipios, la victoria, la virtud y la disciplina en el ejército, la paz en el seno de las familias, la protección para las viudas y los huérfanos, la castidad en el corazón de la juventud, la conversión de los descarriados y pecadores, auxilio para los que son perseguidos injustamente, la misericordia de Dios para los que nos hacen sufrir persecución por la justicia, la salvación para los que están expuestos al peligro de las olas, la fecundidad de la tierra, la dulcificación de las penas temporales, la curación de los enfermos, la buena muerte de los agonizantes, y la pronta liberación de los que han abandonado esta tierra. <sup>(1)</sup>

Cuanto más se extiende la Iglesia, más calamidades invaden á la humanidad, y más también se ensanchan los corazones cristianos: de ello son testimonio viviente sus oraciones. Los mensajeros de la fe y los seductores de la humanidad, el triunfo de la justicia y de la verdad en la prensa, en las investigaciones de los sabios, en las asambleas populares, en la promulgación é interpretación de las leyes, en la santificación del arte, del domingo, de la vida pública y de otras muchas aspiraciones análogas del corazón, se ofrecen á nuestra alma, desde que empezamos á orar. En una sola hora de oración, recorremos la tierra, experimentamos toda la miseria que conmueve el corazón

(1) I Tim., II, 1.

(2) Cf. Justin., *Apol.*, 1, 13; 17, 65. *Dialog.*, 35, 108. Athenagoras, *Legatio*, 37. Tertullian., *Apolo.*, 29, 30, 39, 40, 42. Arnobius, 4, 36. *Constitut. Apostol.*, 8, 12, 13. Cyrill. Hierosolym., *Cat.*, 23 (mystagog. 5), 8. Chrysost., *De Sacerdotio*, 6, 4. In 2 Cor., *hom.* 3, 5 y sig. Augustin., *Ep.*, 215, 3; 217, 2. Coelestin. I *ad episc. Gall.*, 11 y todas las antiguas liturgias. V. en particular las oraciones de la misa del Viernes Santo y las Letanías de los Santos.

de Dios, y llamamos á las puertas de este Corazón para obtener perdón y misericordia.

No sabremos decir si, en esta oración por los demás, somos ó no escuchados siempre; pero cuando nuestra oración ha terminado, sentimos siempre que nuestro propio espíritu, al elevarse hacia Dios, se ha hecho más sublime, que nuestra fuerza, al implorar su auxilio, se ha robustecido más, y que nuestro corazón, al presentar á Dios el mundo con todas sus penas, se ha ensanchado más. En todo caso, nos sentimos siempre más que recompensados con este triple resultado de la oración. Así, pues, si alguien dice que es inútil orar, sólo nos toca compadecerle, porque es pobre por su propia culpa.

**11. La oración como carácter distintivo de la vida cristiana.**—Por consiguiente, que nadie sea tan ingrato y tan despiadado para con Dios, para decir que la oración es una cosa que no le produce provecho alguno, ya que encuentra en ella este provecho, no sólo para él, sino para el mundo entero, y esto bajo todos los aspectos, en las cosas temporales y en las espirituales. Encuentra en ella fuerzas para soportar todas las privaciones y para hacer todos los sacrificios imaginables, para resignarse con paciencia á lo que no puede impedir, y para romper generosamente con los defectos.

Si su alma está sana, la oración no hará más que conservarle la salud; si está enferma, la curará, y si está muerta, será para él la última esperanza de resurrección y el primer síntoma de la vida que renazca en él.

Carlos V sentía que nacía en su interior algo así como una alma nueva, á cada nueva lengua que aprendía. Así también, todo cristiano, á cada nuevo paso que da en el camino de la oración, experimenta algo así como el impulso de una nueva fuerza espiritual y de una nueva vida. Únicamente porque ora, da ya pruebas de que se ha convertido en otro hombre, en un hombre nuevo. «Ve á encontrar á Saulo,—dijo el Espíritu de Dios á Ananías que temblaba—y no tengas miedo de él. Era un lobo y se ha

convertido en un cordero. Inhumano en la persecución, ha llegado á ser un nuevo hombre por las oraciones de sus perseguidos.»<sup>(1)</sup>—«¿Dudas? ¿Te parece esto imposible? Pues bien, sabe que una nueva vida ha entrado en su alma. Era cruel y ahora es dulce; era ávido de sangre extraña, pero ahora está dispuesto á sacrificar su propia sangre: estaba muerto, más he aquí que vive, porque ora.»<sup>(2)</sup>

Lo mismo ocurre con todo hombre. Abandonar la oración, equivale á la muerte espiritual; volver á la oración, es el primer signo de la vida espiritual; todo progreso hecho en la oración, es un progreso para la vida del alma. Se comprende la vida en la medida en que se comprende la oración; ella es la que hace aspirar á la gloria de convertirse uno en verdadero cristiano, ó por lo menos, de querer serlo. El que se recuerda únicamente el deber de la oración en los momentos en que la miseria y las angustias de la conciencia le abren los labios cerrados desde hace mucho tiempo; el que tan sólo da á la oración el tiempo que no puede consagrar á otra cosa, éste no ha llegado todavía á la vida cristiana perfecta.

Y, sin embargo, esto es lo que el Señor espera de nosotros. De aquí esta exhortación siempre repetida: «Orad sin cesar;<sup>(3)</sup> sed vigilantes, orad en todo tiempo;<sup>(4)</sup> que nada os distraiga de orar siempre.»<sup>(5)</sup>

¿Qué ocurrirá, pues, con nuestros otros deberes, si hacemos de la oración el único trabajo de nuestra vida? Pero nadie exige esto. Seguramente que no tendría disculpa el que, para orar, descuidásemos los deberes de nuestro estado. Sin embargo, no nos es imposible orar continuamente. Para ello no tenemos más que cumplir esta obligación, como ha sido cumplida y practicada en todo tiempo según la antigua doctrina cristiana. Ciertamente que nuestros antepa-

(1) Augustin., *Serm.*, 149, 7. Chrysost., *In psalm.*, 140, 2. Cf. también á Hieronym., *In Philemon.*, 22.

(2) Act. Ap., IX, 11. Chrysostom., *In Act. ap.*, hom. 20, 1.

(3) I Thess., V, 17.

(4) Luc. XXI, 36. Cf. Luc. XVIII, 1. Ephes., VI, 18. Col., IV, 2.

(5) Eccli., XVIII, 22.

sados en la fe no se dejaron vencer por nadie en amor al trabajo; pero esto no les impedía empezar su jornada, sus trabajos, sus distracciones y sus comidas, con la oración;<sup>(1)</sup> y, por el mismo hecho, oraban constantemente. Nadie puede decir que es incapaz de imitarlos en este punto.

No es, pues, necesario que hagamos de la oración el único trabajo de nuestra vida; pero tampoco es imposible que hagamos de nuestra vida una oración continua. La oración es la elevación del alma hacia Dios; es un trabajo sobre nosotros mismos; trabajo que nos mejora y nos ennoblece, trabajo que nos eleva hasta Dios. Podemos perseguir este fin en el trabajo que hagamos. Nada nos impide llevar la carga del trabajo, el placer del recreo, las alegrías como las importunidades de las relaciones con los hombres, el dolor de las pruebas, de suerte tal, que el espíritu se purifique obrando así, y emprenda un nuevo vuelo para elevarse á Dios. Pues bien, por este mismo hecho, queda resuelta la más elevada empresa de la vida, la empresa que consiste en hacer de esta vida una vida de oración, en llevar una vida de oración, en orar constantemente.

**12. La oración como carácter distintivo del verdadero espíritu cristiano y de la verdadera Iglesia.**—Después de todo esto, fácil es darse cuenta de en dónde se encuentra la verdadera vida sobrenatural, el verdadero Cristianismo. Con frecuencia se oye decir que el estilo, el lenguaje, es el hombre. Esto se aplica igualmente al lenguaje de la oración. La oración es el estilo del cristiano, la piedra de toque más segura para el espíritu de que estamos animados. Tal vida, tal oración, y recíprocamente, tal oración, tal religión y tal vida. Asociaciones religiosas hay—inútil es indicarlas—en las cuales la oración va acompañada de una solemnidad artificial tan sorprendente, de un despliegue de pompas tan considerable y de una minuciosidad tan excesiva para producir expresiones grandiosas y extraordinarias, que todo el mundo ve, á la primera ojeada, que todo

(1) Tertullian., *Corona*, 3. Cyrill. Hierosol., 4, 14; 13, 36. Basilius, *Hom.*, (5) *in mart. Iulittam*, n.º 3. *Epist.*, 2, 2, 6.

esto carece de naturalidad. En este caso, se está delante de Dios como los ciudadanos de una ciudad en revolución, dando la bienvenida al conquistador que franquea sus muros, como los súbditos que ofrecían sus votos á Nerón el día de su fiesta.

Por otra parte, encontramos sectas en las cuales se está en relación con Dios, como si uno estuviese cierto de su propia justificación, como si quisiese obligar á Dios á que entrase á su servicio. Reina en ellas una intimidad que ofende, por decirlo así, á Dios, una familiaridad grosera, que recuerda en cierto modo al amo que da á su viejo servidor, en recompensa de sus servicios, un trozo de pan para agradecerle que no haya revelado al mundo los desórdenes de su vida pasada.

Semejantes oraciones no son evidentemente otra cosa que el resultado del espíritu que domina toda la vida moral y religiosa de estas asociaciones. Si no aparece de un modo tan llamativo y repugnante en otras cosas, no es más que otra prueba en favor de la verdad de que no hay nada en que se reconozca mejor el espíritu de uno, que en su manera de orar. Tal es el lenguaje del hombre, tal su carácter. Tal el lenguaje del pueblo, tal también su espíritu. Tal la oración, tal la fe; tal el carácter, tal la vida del cristiano, de la religión, de la Iglesia.

De aquí que en la oración se manifieste precisamente con más frecuencia el verdadero espíritu del Cristianismo. Ahora bien, como cristianos, no hemos recibido el espíritu de servidumbre y de temor, sino el espíritu de adopción de hijos, por el cual exclamamos: «¡Abba (Padre)!»<sup>(1)</sup> Ahora bien, el amor del hijo debe ir siempre acompañado del respeto al padre. No hay que creer que el temor de Dios sea simplemente un comienzo imperfecto de la sabiduría<sup>(2)</sup> y la base fundamental de la piedad, sino que es también algo tan santo, que subsistirá por toda la eternidad.<sup>(3)</sup>

(1) Rom., VIII, 15. Cf. Cyprian., *Orat. dom.*, 3 (2).

(2) Psalm., CX, 10. Prov., I, 7; IX, 10. Eccli., I, 16.

(3) Psalm., XVIII, 10.

Así, pues, el respeto filial no debe jamás separarse del amor filial, sino que debe aumentar en el mismo grado que el amor. <sup>(1)</sup> Aun los santos en el cielo se hallan penetrados de este casto temor, <sup>(2)</sup> que no es otra cosa que el resultado de un tierno amor á Dios, el ser más puro y más elevado que existe. <sup>(3)</sup> De aquí que convenga mucho más á los hijos de Dios que viven aún en la carne, y que no están seguros de si son dignos de amor ó de odio, <sup>(4)</sup> no marchar jamás en presencia de Dios y del Padre, <sup>(5)</sup> sino con esa modestia humilde que les inspira el sentimiento de su indignidad, así como la conciencia de haber recibido de Él la gracia sin mérito alguno por su parte.

Pero no sólo ese respeto santo no los aleja de Dios, sino que, por lo contrario, es para ellos un beneficio que les enseña á servirle fielmente. A Dios tienen siempre ante sus ojos; <sup>(6)</sup> á Él contemplan sin cesar para que les libre de todo lazo; <sup>(7)</sup> en Él fijan constantemente sus miradas, no sólo en el templo santo, sino también en los campos, en el bosque, en la plaza pública, como en la soledad de su aposento. En todo lo que hacen, ven siempre á Dios. Cumplen sus deberes con tanta asiduidad como el primero, pero jamás creen deberse atribuir á sí mismos el éxito. Jamás empiezan obra alguna sin invocar su santo nombre, jamás cesan en su trabajo sin encomendarlo á Él. Si son llamados á juzgar una cosa, su única preocupación consiste en saber si se le puede encontrar en ella, ó si ella conduce á Él. Todo acontecimiento triste ó alegre, penoso ó reconfortante, es para ellos un medio de acercarse á Él. No necesitan artífices extraños para tenerlos siempre á la vista. En Él piensa su espíritu, á Él aspira su voluntad, por po-

(1) Thomas, 2, 2, q. 19, a. 10.

(2) Thomas, 2, 2, q. 19, a. 11. Cf. Bernard. (Ep. 190), *De erroribus Abelardi*, 4, 10. Denzinger, *Enchiridion*, n.º 324.

(3) August., *In ps.*, 127, en. 8. Cf. *In ps.*, 118, 31, 3. Gregor. Mag., *Moral.*, 34, 40.

(4) Eccl., IX, 1.

(5) Tertullian., *Orat.*, 17 (13). Cypr., *Orat. dom.*, 4 (2).

(6) Psalm., XV, 8.

(7) Psalm., XXIV, 15.

seerlo suspira su corazón. Están siempre y por completo cerca de Él. De Él proviene todo cuanto les sucede; todo lo que les impresiona, sea amargo ó dulce, les ha sido preparado por su mano. Nada les priva de su sangre fría, de su confianza y de su sumisión. Saben que Dios es su padre, que está siempre junto á ellos, que nada les sucederá que no haya sido preparado por Él.

Este espíritu de Dios debe, pues, manifestarse de un modo muy especial en nuestras oraciones. El que evita la mirada de Dios, como Adán después del pecado; el que no encuentra una palabra cuando Él quiere hablarle, no es de la casa de Dios. El que, cuando quiere orar, se ve obligado á buscar á Dios como un objeto que ha perdido, mucho tiene que andar antes que la frecuentación habitual de Dios informe su vida. Los asalariados pueden pronunciar su nombre, mientras que su corazón está muy lejos de Él; <sup>(1)</sup> los extranjeros pueden preguntar: «¿Quién subirá al cielo para hacerle descender hasta nosotros?» <sup>(2)</sup> Pero sus hijos, en toda la acepción de la palabra, son aquéllos que le llevan realmente á todas partes, en sus labios, en su corazón, en sus obras. <sup>(3)</sup>

Dios no excluye del número de sus hijos á aquél á quien esto no le es todavía familiar y fácil. También aquéllos que dan los primeros pasos en la vía de sus mandamientos, y aun aquéllos que, á pesar de las resistencias continuas de su perversa naturaleza, se esfuerzan en practicar la justicia del mejor modo posible, son también sus hijos, aunque muy pequeños. <sup>(4)</sup>

Pero ninguno de ellos debe darse punto de reposo antes de haberse desprendido de lo que es propio del niño, y de haber alcanzado la edad viril, <sup>(5)</sup> en la que la vida entera y el hombre completo se convierten en sacrificio absoluto de la convicción, de la acción y del amor.

(1) Jerem., XII, 1.

(2) Deuter., XXX, 12.

(3) Deuter., XXX, 4.

(4) Hebr., V, 12, 13.

(5) I Cor., XIII, 10, 11.